

ESPACIO PÚBLICO
Y PROTESTA CIUDADANA
REFLEXIONES SOBRE
LA ESPACIALIDAD DEL 15M

ÁLVARO SEVILLA-BUITRAGO
arquitecto



Son innumerables las aportaciones que en las últimas décadas han destacado la importancia del espacio y la ciudad para las formaciones políticas y sociales. Sea en los distintos planos a través de los que comprender la organización del espacio —territorios, escalas, redes, lugares (Jessop et al., 2008)— o tomando la ciudad y la metrópoli como marcos privilegiados de los procesos contemporáneos de cambio social y pugna política (Hardt & Negri, 2009:249-60), las geometrías del poder (Massey, 1993) aparecen como lentes privilegiadas para la comprensión de las hegemonías que regulan la constitución de lo común y para la imaginación de resistencias y formas de relación social alternativas. A pesar de todo, la dimensión espacial del movimiento 15M —uno de los momentos políticos clave en las últimas décadas en nuestro país— ha pasado casi desapercibida en la mayor parte de los análisis posteriores a su eclosión. En este capítulo mostraré que esta faceta del movimiento fue en realidad uno de sus aspectos más interesantes en sus primeros pasos, tanto a nivel de la conformación y principios de las protesta como, más particularmente, desde el punto de vista urbanístico. Amenazadas sus condiciones de reproducción social por la crisis y las políticas de austeridad subsiguientes, este grupo en fusión (Sartre, 1970) carecía inicialmente de un programa político formal; en su ausencia, sin embargo, las prácticas espaciales desplegadas por los indignados operaron como una política prefigurativa, anticipando en la ordenación de las acampadas y la interacción de sus redes las formas de organización social a que el movimiento aspiraba. Por otra parte, estas formas de articulación del espacio público urbano y sus conexiones interurbanas resultan especialmente atractivas para aquellos urbanistas y arquitectos que buscan senderos alternativos en los que comprometer sus técnicas y saberes con objetivos de justicia social y democracia ampliada.

Espacio público y acción política

Antes de analizar las ‘espacialidades indignadas’ haré un breve repaso de cierta teoría socioespacial reciente con el fin de proporcionar un marco conceptual para la reflexión posterior. Reabriendo el debate sobre la constitución y salud del espacio público urbano, Judith Butler ha especulado en una aportación reciente sobre el régimen de publicidad del espacio en el que tienen lugar las protestas. Lejos de darla por descontada, para ella esa condición pública se encuentra en permanente negociación y las manifestaciones son un ejemplo extremo de ello:

Sería más sencillo decir que estas manifestaciones o, incluso, estos movimientos, se caracterizan por la reunión de los cuerpos para formular una demanda en el espacio público, pero esa idea presume que el espacio público está dado, que ya es público y se reconoce como tal. Se nos escapa parte de la clave de las protestas públicas si somos incapaces de apreciar que el

propio carácter público del espacio está en disputa y que incluso se lucha por él cuando estas multitudes se reúnen. (Butler, 2011:s.p.)

Como he mencionado, esta idea se remonta a los argumentos manejados por autores como Don Mitchell (1995) en su célebre disección de la producción de lo público en el People’s Park de Berkeley, o de Lynn Staeheli con el propio Mitchell (2008:141-154) en su análisis de los diversos regímenes de publicidad que pueden darse en un espacio público y que hacen que un lugar concreto pueda presentar rostros distintos en función de la regulación y contenidos que recaen sobre él. Pero en su intervención Butler va más allá, recuperando críticamente varios pasajes de Hannah Arendt en *La condición humana*. En primer lugar, Butler destaca la conflictiva idea de Arendt según la cual la acción política requiere la existencia previa de un ‘espacio de aparición’ —un receptáculo, un lugar al que nacer— pero, al mismo tiempo, crea su propio espacio al aparecer en el seno de espacios preexistentes.

El ‘verdadero’ espacio ... yace ‘entre la gente’ lo que significa que, en la misma medida en que cualquier acción tiene lugar en alguna localización, ésta también establece un espacio que pertenece a la alianza misma ... De hecho toda alianza genera su propia localización, altamente variable. (Butler, 2011:s.p., énfasis añadido)

Esta lectura directa del sentido político del espacio público —frente a la atención de Mitchell y otros geógrafos anglosajones por su dimensión micropolítica— es también sugerida en el trabajo reciente de Jacques Rancière, que maneja perspectivas en las que lo político adquiere su constitución, entre otras, a través de prácticas espaciales iterativas y performativas que ponen en entredicho el significado de lo público. También aquí la política aparece cuando un nuevo espacio refuta la configuración y significado del espacio preexistente. En un eco lejano de la noción foucaultiana de una ordenación y distribución de los sujetos en el espacio implícita en las anatomías políticas de la modernidad (Foucault, 1998), Rancière (1994) ha empleado el concepto de ‘reparto de lo perceptible’ (*partage du sensible*) para describir la misión de las actividades que crean orden mediante la distribución de lugares, nombres y funciones. Dicho ‘reparto’ es la expresión de un régimen de policía que aspira a anular la posibilidad de resistencia y el antagonismo consustancial a toda democracia, saturando de contenido el espacio social. Se trata, en suma, de un intento de totalización (reductora) del espacio social. “Al final todo en política tiene que ver con la distribución de lugares. ¿Cuáles son estos lugares? ¿Cómo funcionan? ¿Por qué están ahí? ¿Quién puede ocuparlos?” (Rancière, 2003:201). Se trata, en todo caso, de esfuerzos vanos. La apertura y multiplicidad son caracteres constitutivos del espacio (Massey, 2005), por lo que cualquier orden impuesto sobre el mismo puede ser refutado. Lo político puede volver a aparecer como resistencias a la configuración socioespacial

establecida a través de sus fisuras. El momento de esa aparición surge cuando *“aquellos que no están incluidos en el orden sociopolítico existente, exigen su ‘derecho a la igualdad’ ... , una demanda que llama al ser a lo político ... y expone ... las injusticias del orden de policía”* (Swyngedouw, 2011:56).

Como veremos más adelante al analizar la espacialidad del 15M, en esa producción de un nuevo espacio público por la manifestación o la revuelta está implícita una reconfiguración social y política más amplia en la que se difuminan las estructuras convencionales de nuestra espacialidad cotidiana. De nuevo Butler comenta:

Así como debemos insistir en la existencia de condiciones materiales para la asamblea y el discurso público, debemos también preguntar cómo esa asamblea y discurso reconfiguran la materialidad del espacio público, cómo producen, o reproducen, el carácter público de ese entorno material. Y cuando las multitudes salen de la plaza y se dirigen a la calle colindante o al callejón trasero, a los barrios de calles sin pavimentar, entonces sucede algo más. En ese momento la política no se define ya como el asunto exclusivo de una esfera pública separada de la privada, sino que cruza esa divisoria una y otra vez, atrayendo la atención al modo en que la política está ya en el hogar, en la calle, en el barrio o en los propios espacios virtuales que la arquitectura de la plaza pública desencadena. (Butler, 2011:s.p., énfasis añadido)

Desde luego el espacio de aparición política del que estamos hablando no es un espacio vacío, no es el contenedor pasivo de la acción humana. Es, por el contrario, un soporte activo, tiene agencia, construye las acciones en la misma medida en que se deja construir por ellas. Se trata de un útil que nos define socialmente y articula nuestras prácticas. Debemos entender la acción política no sólo como una lucha en el espacio, sino también como una lucha por y con el espacio, una lucha por la reapropiación de las capacidades, destrezas y capitales sociales para organizarlo. Lo extraordinario es que la lucha por reconstruir el soporte de la vida material anticipa ya dicho soporte. La organización social de la lucha abre el horizonte de lo posible y funda el espacio de justicia al que aspira. No se trata sólo de ideales — estos se materializan en prácticas muy concretas. Como veremos, los campamentos del movimiento 15M, especialmente el de Madrid, pusieron en práctica la propia red de autogestión de soportes básicos de la vida (alimentación, asistencia mutua, formación y cultura, organización del espacio...) que reclamaban para el conjunto de la sociedad. De ahí que podamos hablar de un ejercicio de política prefigurativa (Gordon, 2008:34-40), de escuelas autónomas de democracia en las que *“la alianza escenifica el orden social que persigue ... La acción en alianza sucede precisamente entre aquellos que participan y éste no es un espacio ideal o vacío — es el espacio del soporte en sí mismo, el espacio de los entornos vivibles y duraderos y de la interdependencia entre los seres vivientes”* (Butler, 2011:s.p.).

Esta producción autónoma de espacio no es sencilla ni directa. En la medida en que requiere una localización previa para aparecer, deberá negociar su evolución en el seno de un espacio ajeno, heredado de un orden antagonico. La dimensión espacial de la acción política está por ello sujeta a una dialéctica entre la producción de un nuevo régimen espacial por los manifestantes y la agencia del espacio construido, del tejido urbano, sobre ellos. *“Los cuerpos en su pluralidad reclaman lo público, encuentran y producen lo público a través de una apropiación y reconfiguración de la materia de los entornos materiales; al mismo tiempo, estos entornos materiales son parte de la acción y actúan ellos mismos al convertirse en soporte de la acción”* (Butler, 2011:s.p.).

La acción política lucha contra la *“arquitectura establecida del régimen, reclama la materialidad, se apoya en sus soportes, recurre a sus soportes con el objetivo de redefinir sus funciones”* (Butler, 2011:s.p.). El nuevo espacio se construye contra el preexistente, contra el viejo orden de publicidad político-espacial y sus regulaciones. La nueva acción política rompe el lazo legitimador que el espacio público, en su función de teatro cívico, proporciona al orden establecido. Pero es importante tener en cuenta que lo hace en su mismo seno y fuertemente condicionada por él. El espacio existente, en cuanto soporte de la acción popular, la modela y condiciona. No podemos obviar la interacción, la dialéctica entre el espacio que se pretende negar y el espacio que la nueva acción abre en su seno.

Los cuerpos en la calle reorganizan el espacio de aparición con el fin de refutar y negar las formas de legitimación política existentes — y así como aquéllos llenan o toman el espacio público, así trabaja sobre ellos la historia material de dicho espacio, volviéndose parte de la propia acción, rehaciendo esa historia en el seno de sus artificios más concretos y sedimentados. Se trata de actores sometidos y empoderados que luchan contra la legitimidad de un aparato estatal existente que depende de ese mismo espacio público de aparición para su autoconstitución teatral. Al pelear contra ese poder se crea un nuevo espacio, un nuevo ‘entre’ [between] los cuerpos ... y esos cuerpos son absorbidos y animados por los espacios existentes en los propios actos por los que reclaman y redefinen sus significados. (Butler, 2011:s.p.)

Tener presente esta inercia, esta huella de la ciudad existente sobre el nuevo uso que se hace de ella, nos permitirá apreciar hasta qué punto las reconfiguraciones del espacio desplegadas por el movimiento 15M han sido profundas. Es más, la realidad de las protestas hace que la contribución teórica de Butler resulte, a pesar de su interés, limitada. Más allá de la obvia ausencia de una reflexión realista sobre la constitución del sujeto político que actúa y toma el espacio público —imprecisión que de hecho encuentra un reflejo en la ambigua composición social de los movimientos de protesta recientes— Butler y otros comentaristas de estas acciones parecen mostrar una excesiva fijación en

el proceso de reconfiguración y toma de espacios físicos concretos y particulares. No abordan, sin embargo, la verdadera transformación desplegada por la nueva oleada de revueltas: la prefiguración de un cambio en la espacialidad misma, una modificación de las relaciones espaciales que constituyen y regulan nuestra vida social y política a nivel material e imaginario, de las propias prácticas y marcos de concepción del espacio y el modo en que éstas estructuran el territorio y nuestros usos del mismo.

Las transformaciones del espacio social durante la eclosión del 15M

Los lectores de este libro estarán familiarizados con los eventos que condujeron a la acampada de Puerta del Sol, el desarrollo posterior de ésta y la proliferación de ocupaciones paralelas del espacio público en otras ciudades españolas, de modo que pasará a analizar directamente cuáles han sido los espacios del movimiento y a descifrar la peculiaridad de sus prácticas espaciales. Las espacialidades desplegadas por los indignados fueron complejas, irreducibles a una lógica uniforme como reflejo directo de la pluralidad y espontaneidad del movimiento; en su evolución rompieron toda una serie de configuraciones espaciales convencionales, tanto a nivel de estructura vertical (las relaciones de escala) como horizontal (las relaciones territoriales y de lugar). Aunque en ocasiones esta complejidad y alteridad ralentizaron la organización del movimiento en el espacio, en última instancia resultaron claves para su éxito y pervivencia en el tiempo, para atrapar la atención de los medios y para desconcertar a unos agentes políticos que se mostraron incapaces de comprender, dialogar o asfixiar la así llamada *#spanishrevolution*. Estas espacialidades, en suma, han operado como una situación o momento político genuino, anticipando la senda de otros futuros socioespaciales posibles — de forma efímera o duradera, eso lo dirá el futuro de la protesta social en España.

1. La reinención funcional y simbólica del espacio público

El rasgo central del 15M fue la ocupación del espacio público y su capacidad para acabar por un período relativamente prolongado de tiempo con la mercantilización y alienación de los lugares centrales de la ciudad respecto a los intereses populares. Los campamentos han dado a muchos la oportunidad de descubrir en las calles un lugar propio pero colectivo, personal pero político. El cántico recurrente en las concentraciones “¡esta plaza es nuestra casa!”, expresa a la perfección este aspecto. Por un momento las divisorias convencionales entre lo privado y lo público, entre lo cotidiano y lo extraordinario, entre lo social y lo político parecieron disolverse, anunciando la posibilidad de una revolución en las formas cotidianas de espacio social (Lefebvre, 1976:122-3). En el caso madrileño, el campamento supuso el paso de una ocupación popular esporádica y heteroregulada de la Puerta del Sol —la de las manifestaciones que acotan puntualmente

el fluir rutinario del consumo y el tráfico en la plaza— a otra potencialmente permanente y autogestionada. Merece la pena destacar las dimensiones funcional y simbólica de esta ocupación. En el primer aspecto, ésta estaba abierta a todas las personas, pero no a todas las actividades. Por supuesto el tráfico de coches fue interrumpido o ralentizado durante buena parte del día y aunque los turistas siguieron afluyendo a la plaza, lo hacían ahora atraídos por el acontecimiento y no por los comercios. Superponiéndose a los usos habituales, un abanico amplio de nuevos procesos pobló la zona a medida que los acampados y colectivos externos proponían nuevas actividades a desarrollar en el ámbito que pronto se sumarían a las concentraciones y asambleas: biblioteca popular, guardería, teatros, huerto ecológico en los parterres de la plaza, etc. Estaba naciendo una ciudad dentro de la ciudad, como una Amauroto en el corazón de Mahagonny, cada día cambiante, cada día renovada.

En el plano simbólico, la ocupación de Puerta del Sol, el centro de la ciudad y de todo el país permitió al movimiento tomar el protagonismo en el imaginario local y nacional, en la prensa española e internacional. Por supuesto los medios asimilaron la ocupación de Puerta del Sol a la de la egipcia plaza Tahrir y más tarde a la ateniense plaza Syntagma, aunque existen entre estos casos tantas semejanzas como diferencias (Hadjimichalis, en prensa). Los tres comparten el detonante común del deterioro paulatino de las condiciones materiales de reproducción social de las clases medias y bajas y se distancian en los muy específicos contextos políticos que rodean a ese declive socio-económico. Pero, más allá de esta comparación obvia se detecta un hilo común y más profundo en estas experiencias. Las tres *alteran el régimen de lugar convencional* (McDowell, 1999:5) —la posición y significados que determinados espacios asumen y representan en la formación urbana— retando el reparto dado de lo perceptible y refrendando la idea de Henri Lefebvre según la cual el *derecho a la ciudad* se enuncia ante todo como un *derecho a la centralidad*. Un derecho a ocupar los espacios centrales —tanto físicos como de organización y circulación del poder— que toma la forma de un programa revolucionario para la autogestión del espacio público (Lefebvre, 1972). Este derecho, que siempre ha sido escurridizo (Marcuse, 2011), presenta en estas experiencias un nuevo sentido. En Madrid este programa revolucionario tomó cuerpo *creando su propia espacialidad*, su propia centralidad. La lucha generó un espacio genuino y propio, produjo su propio territorio. La ocupación del centro se convirtió, de hecho, en la oportunidad para alterar profundamente lo que el centro del espacio político debe significar en una sociedad democrática.

2. Espacios materiales y espacios virtuales

También Andy Merrifield, en una de sus intervenciones más recientes, ha señalado que “las personas se convierten en espacio al actuar” (Merrifield, 2011:109), sugiriendo

la necesidad de relativizar las estructuras territoriales preexistentes. Merrifield invita a superar el concepto de ‘derecho a la ciudad’ a favor de una ‘política del encuentro’ global y generalizada que opere “a través del tejido social en su conjunto”, más allá del espacio urbano propiamente dicho (Merrifield, 2011:107). Por supuesto este autor contempla en su trabajo los potenciales de movilización y organización implícitos en las redes sociales virtuales. Esto nos conduce al segundo aspecto a destacar en relación al caso español. Aunque empieza a ser una tónica en las dinámicas recientes de los movimientos sociales, hay que destacar el uso masivo de estos medios virtuales, que permitió al 15M estar en todos sitios antes de ocupar físicamente espacio alguno. Durante mayo de 2011 y teniendo en cuenta exclusivamente el intercambio en Twitter en territorio español, se contabilizaron más de 580.000 mensajes relacionados con los hashtags de las concentraciones, enviados por casi 88.000 usuarios (BIFI, 2011). Pero si estas cifras son significativas, lo más importante es su papel radicalmente democrático en la dinamización del movimiento y su organización, que hicieron de aquellos días un tiempo abierto a la convocatoria de todo tipo de acciones por usuarios anónimos, cuyo éxito final dependía exclusivamente de sus condiciones de oportunidad en el curso de los acontecimientos.

Es preciso, en todo caso, aclarar que el caso español —y esto sería extensible, quizá, a la Primavera Árabe— muestra también los límites y carencias de estas redes virtuales¹. Éstas fueron, desde luego, imprescindibles en las convocatorias y mantenimiento de los contactos. Pero el efecto conseguido requiere la toma física del espacio público. Estos momentos urbanos actualizan, corrigen y proyectan el encuentro virtual a niveles a los que las redes telemáticas no pueden, simplemente, aspirar. También aquí el espacio dado condiciona al nuevo espacio que nace en su seno. La divisoria espacial histórica entre lo real y lo virtual aún pesa y seguramente seguirá haciéndolo durante décadas: a la hora de la verdad es la calle la que sigue hablando. Es ella la que tiene capacidad para alterar la normalidad cotidiana, para bloquear ciertos flujos urbanos, para hacerse presente en el imaginario colectivo. Es ella, en definitiva, la que despliega la esencia del *evento* que las redes virtuales soportan y distribuyen en una *secuencia* de lucha más prolongada (Swynedouw & Smith, 2012).

3. Las protestas y el re-escalamiento del espacio

La calle sigue hablando, pero lo hace de otra forma. El protagonismo de las redes sociales tuvo de hecho una poderosa influencia en una tercera dimensión espacial, la capacidad de proliferación del movimiento, y en una de sus características más singulares, la ruptura del *régimen escalar* convencional: esa estratificación del espacio social en un orden vertical jerárquico que, en el sistema capitalista, segmenta y diferencia las relaciones sociales para la reproducción de un determinado patrón de división social del trabajo

y de desarrollo espacial desigual (Brenner, 2009; Smith, 1992). El movimiento reunió en un espacio virtual de participación común a los campamentos de más de 70 ciudades. En el caso de Madrid, el crecimiento y organización interna del campamento eran simultáneos a la expansión de sus asambleas a otras calles y plazas del centro y al traslado de la acción a todos los barrios de la ciudad y a otros municipios del área metropolitana. Esta construcción simultánea descentralizó los espacios de actividad política y difuminó las jerarquías escalares convencionales. La consecuencia directa de la reconquista del derecho a la centralidad —del derecho a ocupar el centro simbólico y funcional de la ciudad y a reescribir sus contenidos, del derecho a administrar y redistribuir la centralidad— es la capacidad de subvertir la división escalar del espacio —erosionando la segmentación vertical del espacio social y político— y el régimen de lugar —alterando el contenido y significado del espacio. Aunque Sol mantuvo su centralidad simbólica, pronto sus órganos políticos funcionaban al mismo nivel que los establecidos en un foro virtual, en la esquina de una calle a dos manzanas de la plaza, de todo un barrio en el otro extremo de la ciudad o de toda una ciudad en el otro extremo del país. Un espacio continuo, aunque abigarrado y diversificado en todo un abanico de localizaciones heterogéneas. Aunque el centro físico conservó puntualmente un rol específico en esa estructura, era para dar cabida y discutir iniciativas formuladas en otro lugar. Así pues, el centro del espacio social se proyecta como lugar indiferenciado de recepción democrática, no como fortaleza de poder de la que emanan las decisiones y directrices hacia una periferia eternamente muda.

4. Topografías variables y evolutivas de la protesta

Por último, esta inversión socioespacial y las dinámicas asociadas a ella han dado lugar a una nueva topografía social — una *contra-topografía* que, en términos de Cindi Katz (2001), conecta paulatinamente los lugares de reproducción social vulnerabilizada. Dicha práctica se expresó en una producción del espacio sumamente volátil, reescrita a través de acciones espontáneas no carentes de contradicciones, a menudo involuntarias, pero a la larga fructíferas en la medida en que el esfuerzo y la ilusión de los participantes convirtieron los desencuentros puntuales en oportunidades para imaginar y materializar acciones distintas a las previstas. Esta redefinición del significado de los espacios y de nuestras formas de identificación con ellos podría afectar de forma duradera al modo en que comprendemos la ciudad y, en general, a nuestros imaginarios socioespaciales y políticos y a las prácticas que desempeñamos para reproducirlos.

En todo caso y más allá del posible impacto sobre nuestras concepciones de la ciudad, estas nuevas topografías desencadenadas por las ocupaciones pronto se reprodujeron y desplegaron por el resto de la ciudad. Al tiempo que la acampada de Sol se disolvía, una

nueva geografía de la protesta se consolidaba en los barrios de Madrid —donde las asociaciones de vecinos encontraron un aliento renovado gracias a las asambleas alentadas por el 15M—, en una serie de ‘marchas indignadas’ que articularían el centro de Madrid con las periferias, el área metropolitana y otras regiones —en un anticipo de la espacialidad de las ‘mareas’ cromáticas que después inundarían la ciudad para denunciar el asalto al estado del bienestar de las políticas de austeridad—, y en las micro-movilizaciónes para impedir los desalojos en la Cañada Real — el embrión del movimiento anti-desahucios que tanta popularidad ha alcanzado desde entonces. El 15M fue en este sentido un germen que articuló no sólo una nueva agenda política, sino también prácticas espaciales nuevas que la sustentarían y le darían el potencial que hoy presenta.

Conclusiones

La influencia de los espacios físicos concretos —en particular los espacios públicos— sobre nuestras prácticas cotidianas y nuestros propios imaginarios sociales es tan profunda que, a menudo, puede impedirnos ver lo que hay más allá de su mera materialidad: las estructuras que los gobiernan, jerarquizan y articulan; la espacialidad que subyace a las localizaciones específicas y que modula nuestra percepción e interacción con ellas. Esas espacialidades inadvertidas incorporan una ordenación premeditada del régimen de escala y lugar que condiciona y regula nuestro ser social, nuestras formas de socialización. Como tales, pueden convertirse en vectores estratégicos de poder, tanto más efectivos cuanto más naturales y no mediadas parecen sus propiedades. El ‘reparto de lo perceptible’ al que Rancière se refiere es, en definitiva, una trampa espacial por la cual el gobierno de los sujetos se traslada a la administración de los objetos, “un orden establecido de gobernanza en el que todo individuo ocupa el lugar ‘adecuado’ en el orden aparentemente natural de las cosas” (Dikeç, 2005:174).

Con todo, sabemos que ese orden es precario y puede ser alterado a través de la emergencia política propiamente dicha. Según el propio Rancière, la acción política siempre opera “desplaza[ndo] un cuerpo del lugar que se le ha asignado o cambia[ndo] el destino de un lugar” (Rancière, 1998:30). En suma, produciendo un espacio de aparición en el que se refigura la posibilidad de que todos los sujetos sean considerados como iguales (Swyngedouw, 2009). La irrupción del 15M en plena campaña electoral en España fue uno de esos momentos de apertura de lo político en el seno de un espacio público intensamente hegemonizado. Su aparición rompió los códigos que dictaban cómo y dónde podían expresarse las voces del pueblo, qué podían decir, cómo podían narrar y representar el espacio público.

Se trata, en suma, de acciones que alteran profundamente el estado (espacial) de las cosas y que exceden el orden (urbano) normalizado institucionalmente. En la intervención

que hemos referido Butler los denomina ‘pasajes anarquistas’, atrapados entre dos formas políticas, la que se derrumba y la que está por llegar. En realidad este juicio redundante en la reiterada tendencia a no reconocer las revueltas y protestas como movimientos políticos plenos, relegándolos a una condición de momentos pre-políticos (Belhaj Kacem, 2006). Frente a esta idea, debemos defender la plenitud del 15M y los procesos espaciales a través de los cuales ha reconfigurado, inadvertidamente, las espacialidades cotidianas. Si realmente creemos que el espacio importa para comprender nuestro ser social hay que reconocer a los campamentos españoles —estas an-arquitecturas en transición política permanente pero con una espacialidad madura— su interés en, al menos, las siguientes líneas: a) la posibilidad y consecuencias de la ocupación duradera del espacio público y la reorganización de sus contenidos al margen de los códigos institucionales establecidos; b) la relación de dicha ocupación y organización con el uso masivo de las redes sociales virtuales como nuevo espacio de activismo político y democracia radical; c) la dialéctica entre estas redes y su materialización concreta en espacialidades físicas, y la capacidad de dicha dialéctica para reconfigurar y re-escalar los espacios sociales; d) la capacidad popular de contestación del régimen de lugar dominante, de producción de nuevos lugares e identidades asociadas a ellos — en suma, de reescritura de los paisajes urbanos a través del compromiso con la justicia social, la autogestión y el despliegue de capacidades comunes, sin la tutela de órganos de planificación o procesos participativos heterodirigidos. ❖

Notas

1. Uno de estos aspectos, y quizá no el menor, es el hecho de que el acceso a la tecnología sigue operando como un factor de segregación social. A pesar del protagonismo de Twitter y otras redes en la difusión de la protesta hay que recordar que buena parte de los manifestantes —por ejemplo la inmensa mayoría de ancianos, que participaron en las concentraciones con un protagonismo singular— han conocido el movimiento a través de medios tradicionales: periódicos, radio o televisión.

Bibliografía

- ARENDE, HANNAH (2005) *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Belhaj Kacem, Medih (2006) *La Psychose française. Les banlieues: le ban de la République*. Paris : Gallimard.
- BIFI (2011) “Estudio sobre las interacciones del 15M”. En línea: <http://15m.bifi.es/> (acceso: 1-10-2013).
- BRENNER, NEIL (2009) “A thousand leaves: notes on the geographies of uneven spatial development”, en Keil, Roger & Mahon, Rianne (eds.) *The New Political Economy of Scale*. Vancouver, B.C.: University of British Columbia Press, 27-49.

BUTLER, JUDITH (2011) "Bodies in Alliance and the Politics of the Street", transversal 10/11. En línea: <http://www.eipcp.net/transversal/1011/butler/en> (acceso: 1-10-2013).

DIKEC, MUSTAFA (2005) "Space, Politics and the Political", Environment & Planning D: Society and Space 23, 171-188.

FOUCAULT, MICHEL (1998) Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. Madrid: Siglo XXI.

GORDON, URI (2008) Anarchy Alive!: Anti-Authoritarian Politics from Practice to Theory. Sydney: Pluto Press.

HADJIMICHALIS, COSTIS (en prensa) "Luchas urbanas y construcción de redes de solidaridad durante la crisis", Urban, NS06.

JESSOP, BOB, NEIL BRENNER & MARTIN JONES (2008) "Theorizing sociospatial relations", Environment and Planning D: Society and Space 26, 389-401.

KATZ, CINDI (2001) "Vagabond Capitalism and the Necessity of Social Reproduction", Antipode 33, 709-728.

Lefebvre, Henri (1972) La revolución urbana. Madrid: Alianza Editorial.

Lefebvre, Henri (1973) The Survival of Capitalism. Reproduction of the Relations of Production. London: Allison & Busby.

MARCUSE, PETER (2011) "¿Qué derecho para qué ciudad en Lefebvre?", Urban NS2, 17-21.

MASSEY, DOREEN (1993) "Power-geometry and a progressive sense of place", en J. Bird, B. Curtis, T. Putnam, G. Robertson & L. Tickner (eds.) Mapping the futures: Local cultures, global change. London: Routledge, 60-70.

MASSEY, DOREEN (2005) For Space, London: Sage.

MCDOWELL, LINDA (1999) Gender, Identity, and Place: Understanding Feminist Geographies. Minneapolis: University of Minnesota Press.

MERRIFIELD, ANDY (2011) "El derecho a la ciudad y más allá: notas sobre una reconceptualización lefebvriana", Urban NS2, 101-110.

MITCHELL, DON (1995) "The End of Public Space? People's Park, Definitions of the Public, and Democracy", Annals of the Association of American Geographers 85, 108-133.

RANCIÈRE, JACQUES (1994) "Post-Democracy, Politics and Philosophy: an interview with Jacques Rancière", Angelaki 1, 171-178.

RANCIÈRE, JACQUES (1998) Disagreement. Minneapolis: University of Minnesota Press.

RANCIÈRE, JACQUES (2003) "Politics and Aesthetics: an interview", Angelaki 8, 194-211.

SARTRE, JEAN-PAUL (1970) Crítica de la razón dialéctica. Buenos Aires: Losada.

SMITH, NEIL (1992) "Contours of a Spatialized Politics: Homeless Vehicles and the Production of Geographical Scale", Social Text 33, 54-81.

STAEHEL, LYNN A. & MITCHELL, DON (2008) The People's Property? Power, Politics and the Public. New York: Routledge.

SWYNGEDOUW, ERIK (2009) "The Antinomies of the Postpolitical City: In Search of a Democratic Politics of Environmental Production", International Journal of Urban and Regional Research 33, 601-620.

SWYNGEDOUW, ERIK (2011) "¿La Naturaleza no existe! La sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada", Urban NS1, 41-66.

SWYNGEDOUW, ERIK & NEIL SMITH (2012) "Erik Swyngedouw in conversation with Neil Smith", Seminar at the CUNY Graduate Center, 18 April 2012. En línea: <http://vimeo.com/42628112> (acceso: 1-10-2013)

EL 15 M Y LA ACAMPADA DE SOL
EL MOVIMIENTO DE LA GENTE INDIGNADA
ANÁLISIS SOCIOPOLÍTICO DEL 15 M

MIGUEL MARTÍNEZ TAPIA
sociólogo

*"Quien no ha conocido las vísperas de la revolución,
no conoce la dulzura de vivir"*
Tayllerand

En este artículo se hace un análisis sociopolítico del Movimiento 15 M y de una de sus expresiones más paradigmática la Acampada de Sol. Para ello se examinan sus orígenes y las diferencias existentes con respecto a otros movimientos de protesta en países de nuestro entorno. Se analizan las principales características sociopolíticas de sus componentes y sus principales reivindicaciones. Asimismo se analiza la influencia que tuvo este movimiento en las elecciones del 22 mayo de 2011 y se concluye la primera parte con un balance desde los orígenes del 15 M hasta que se disuelve la acampada de Sol y se trasladan a los barrios. A continuación se describen, brevemente, las principales señas de identidad de este movimiento. Por último, se analiza la Acampada de Sol, se describe su funcionamiento, aportando gráficos del mismo y se hace una valoración de los que supuso la ocupación de un espacio público con fines políticos.
